
Lower, Wendy, *La fosa. Una familia, una fotografía, una masacre desvelada*, Almería, Confluencias, 2022, 301 p. ISBN: 978841255946. 21,90€ 

Índice. I. La fotografía. II. Miropol. III. La *Aktion*: los asesinos alemanes. IV. El fotógrafo. V. La búsqueda de la familia. VI. La historia de la excavación. VII. Los desaparecidos no documentados. VIII. Justicia. Epílogo: los zapatos. *Notas. Abreviaturas. Créditos de las imágenes. Agradecimientos.*

Han pasado casi ocho décadas desde el final de la Segunda Guerra Mundial, un conflicto bélico estudiado en profundidad y desde todos los ángulos posibles. No parece que el tema permita grandes novedades. Y, sin embargo, las investigaciones siguen aportando aspectos inéditos, como es el caso, en el que el foco se desplaza desde los grandes números abstractos del Holocausto al caso particular. De hecho, la tesis principal de estas páginas es precisamente esta, la necesidad de particularizar, de individualizar a los protagonistas del genocidio por excelencia, tanto a las víctimas como a los victimarios: «hemos heredado esta visión de la muerte de los nazis, que redujeron a estos seres humanos a meras cifras de personas asesinadas, cargas procesadas en fábricas de gas o regiones enteras convertidas en *Judenrein* (limpio de judíos). Pero empecé a pensar en el genocidio como en una pérdida individual, como un testimonio, una biografía o un nombre que se lee en voz alta en el día conmemorativo de *Yom HaShoa*. Intenté cambiar el enfoque, pasando de los números a los individuos» (p. 118).

Por ello, en este libro se narra el proceso de descubrimiento de una fotografía, la que ilustra la portada y contraportada (y que luego se repite en el interior, a doble página), la describe con detalle, y se pregunta quiénes están en ella a partir de la tesis citada: individualizar a sus integrantes, mostrando quiénes fueron, entrando en la foto, más allá de su carácter como ilustración de la barbarie y el Holocausto. Se pregunta la autora: «¿qué ocurre con la pérdida de una familia, esa unidad social capaz de mantener a las comunidades unidas? ¿Por qué no se considera al asesinato de una familia entera, otra dimensión más del horror y la destrucción del genocidio?» (p. 27). La guerra más fotografiada de la historia no ha dado demasiados ejemplos de la comisión de atrocidades (véanse por ejemplo las reflexiones de George Didi-Huberman), aunque sí de sus consecuencias. Por tanto, el objetivo que se plantea la autora ante esta foto excepcional, por recoger el momento en el que se está produciendo el asesinato, es identificar a quienes forman parte de ella, frente y detrás de la cámara. Y además lo hace combinando el relato histórico con el proceso para su adquisición, sus indagaciones en diversos archivos de países distintos, páginas web y repositorios digitales; sus viajes, las excavaciones realizadas, el proceso de análisis del lugar de la masacre en Miropol, Ucrania, sus visitas a él, ya en los noventa del siglo pasado y de nuevo en 2014, así como las visitas realizadas por otras instituciones, como el KGB en 1986, para así reconstruir el paisaje, las consecuencias de lo ocurrido en la larga duración.

Logra así reconstruir paso a paso el día 13 de octubre de 1941 con la documentación soviética, alemana, entrevistas en la zona y testimonios diversos, además de la



RECENSIONES

exploración del terreno. Comienza por tratar de averiguar quiénes eran los alemanes que aparecen en la foto. Y pese a la carencia de documentación directa sobre el hecho, la presencia judía en la zona dejó una huella rastreable, pese a la falacia lógica que perseguían los nazis, la «ilusión de la ausencia». Pero la fotografía la desmiente y permite reconstruir lo ocurrido «a pesar de que sus autores intentaran borrar cualquier rastro durante y después de la guerra» (p. 63). Por ejemplo, enviando equipos poco antes de la llegada de los rusos, en 1944, para desenterrar cuerpos y quemarlos. Consigue así desarrollar la cronología de lo ocurrido, minuto a minuto, en los días 12 a 14 de octubre de 1941, en parte gracias al testimonio de uno de los alemanes presente, agente de aduanas, que denunció lo sucedido a fines de los sesenta en Alemania, pero al que no se tuvo en cuenta. Y es que los historiadores no prestaron atención a los testimonios, «escépticos ante la fiabilidad de los relatos de las víctimas y de los testigos no alemanes. Sin quererlo, silenciaron la historia de muchos de los afectados, como las campesinas ucranianas que fueron obligadas a cavar la fosa común, e infligieron sobre ellos otra forma de represión histórica, ampliando el poder de los nazis por dar una confianza excesiva en los documentos “oficiales” alemanes [...]. La preeminencia dada a estos registros puede perpetuar la perspectiva del conquistador nazi en Ucrania, que consideraba a los ucranianos como meros instrumentos del genocidio, quedando sus nombres y datos personales sin registrar» (pp. 83-84). Pero pese a las dificultades logra la identificación de todos los victimarios: los dos alemanes presentes, pertenecientes a la policía aduanera y, junto a ellos, los dos milicianos ucranianos que dispararon, condenados tras la guerra por colaboración con el enemigo e indultados a partir de 1956, pero de nuevo investigados en 1985-1986, cuando se les localizó, juzgó, condenó y ejecutó.

También identifica al fotógrafo, el eslovaco Lubomir Skrovina, alistado en el ejército de su país, aliado de los alemanes en su avance por Rusia. Le permitieron hacer las fotos (y cuatro más que completan la serie) y cuando se le investigó, antes de la guerra y ya con la implantación del régimen soviético, por colaboración con el enemigo, las tuvo que entregar, por lo que se encontraban en Praga. Salió bien librado, entre otras cosas porque colaboró con la resistencia contra los alemanes. De hecho, la autora contactó con su familia, y pudo ver las cartas que enviaba a su mujer, mostrando el hartazgo ante la guerra y lo que veía, y cómo siempre procuró que se conociera lo ocurrido, sin mucho éxito, por lo que la foto que protagoniza este libro solo se descubrió a fines de los años noventa.

Igualmente procede a la identificación de las víctimas, una familia, el núcleo de la vida judía en torno primordialmente a las mujeres, tanto en la vida como en la muerte. «Tal vez, más allá de sus instintos maternales, también actuaron movidas por la supervivencia familiar y por el deber de hacer perdurar una comunidad que estaba siendo empujada a la extinción» (p. 129). En este marco, «para los millones de personas deportadas o forzadas a esconderse en los guetos, el objeto que más a menudo se llevaban, además de las joyas y el dinero, era la fotografía familiar» (p. 139). De hecho, señala la profesora Lower que este marco de protección y pervivencia «es precisamente lo que los genocidas trataron de destruir social, cultural y biológicamente» (p. 130). Frente a este afán por

RECENSIONES

destruir el elemento esencial de continuidad, contó con el testimonio de la única superviviente judía de la masacre, que no solo habló sobre lo ocurrido, sino también sobre su vida en esta pequeña población ucraniana.

En este caso pudo identificar a la familia víctima y protagonista de la imagen, pero no así con otros muchos de quienes los acompañaron a la fosa. Por eso, al concluir el último capítulo señala: «Las fotografías de atrocidades pueden convertirse en llamadas éticas y unificadoras que motiven la acción y la justicia en aquellos que deciden mirar» (p. 204). Siguen siendo muchos los cadáveres sin identificar que requieren una acción decidida para su localización y para reparar el olvido y la revictimización de la que han sido objeto por ello. De ahí la pertinencia de esas llamadas éticas a la acción y a la justicia.

Al hacer balance en el epílogo, reflexiona sobre la ética implícita en el análisis de esta y otras imágenes similares: «Una fotografía también es capaz de atravesar el tiempo y el espacio, viajar desde las manos de su creador hasta los miembros de una familia, fiscales, conservadores, historiadores y el público en general. Puede generar movimiento y suscitar en quienes la estudian o son interrogados sobre ella una avalancha de información y emociones. Es capaz de empujar nuestra sensibilidad ética» (p. 207). Pero el uso de las fotografías como fuentes también implica la necesidad de reflexionar sobre sus condicionantes, sobre su uso décadas después de que ocurrieran los hechos que recogen. Entra así en lo que Marianne Hirsch llamó la posmemoria: «Con el paso del tiempo, las imágenes pueden aportar más información que las declaraciones de los testigos, que se ven circunscritas por los límites de la memoria y el lenguaje o empañadas por los conocimientos adquiridos en acontecimientos posteriores u otras influencias. Aun con ello, la fotografía no es algo inmóvil, perfecto e impermeable. Como todas las fuentes históricas, es intrínsecamente tendenciosa y está abierta a diferentes interpretaciones a lo largo del tiempo. La fotografía de Miropol capturó historias que el fotógrafo no vio cuando decidió tomarla» (pp. 208-9). Y es que en último término, afirma la autora, pese al rechazo que provocan, investigar estas imágenes implica mantener la preocupación por la justicia histórica y desarrollar el trabajo de memoria, ese deber de memoria que supervivientes como Primo Levi dejaron como un legado que continuar.

Wendy Lower, historiadora estadounidense, es una investigadora especializada en el Holocausto y la Segunda Guerra Mundial. De 2016 a 2018, ejerció como directora del Centro Jack, Joseph y Morton Mandel de Estudios Avanzados del Holocausto, en el Museo Conmemorativo del Holocausto de los Estados Unidos en Washington. Entre sus publicaciones cabe destacar: *Nazi Empire Building and the Holocaust in the Ukraine* (2005) y *Hitler's Furies: German Women in the Nazi Killing Fields* (2013). Ha editado con Ray Brandon, *The Shoah in Ukraine: History, Testimony, Memorialization* (2010) y con Lauren Faulker, *Lessons and Legacies: New Directions in Holocaust Research and Education* (2017). Ha publicado, por último, el libro de John Minassian, *Surviving the Forgotten Genocide: An Armenian Memoir* (2020).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

 <https://orcid.org/0000-0002-6754-5756>



Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA